

DOS ESTAMPAS DEL MUNDO DEL ARCIPRESTE

por
Alejandro Carrión

1. LA TROTACONVENTOS

Aquel domingo, ardiendo en llameantes amores, don Melón de la Huerta, o, mejor dicho, don Melón Ortiz (porque eso significa Ortiz: hombre de la huerta, hortelano, horticultor u horterera) miraba desde lejos el garbo con que doña Endrina cruzaba la plaza. Sus ojos se iban tras ella y las cuencas se le quedaban vacías. Su corazón cantaba los loores de la bienamada, con el fervor con que lo ha hecho siempre el enamorado a través de los siglos. ¡Ay Dios, y cuán hermosa ella venía! ¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!

¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué bienandanza! Pero...la plaza no es lugar para hablar con Ella, con la única. No es lugar para comunicarle el urgente mensaje que de los labios se escapa, siguiendo a los ojos en su viaje encendido. Ningún sitio peor que la plaza para hablar de amores: todos miran al galán acercarse a la dama, todos sonríen, cazarros, socarrones: y a él se le muda la color y le entran miedos y temblores; y las palabras, las hermosas, las comedidas, las todoconvincientes palabras que durante las noches de la ilusión y del deseo aflúan a la lengua, en ella se quedan prisioneras, y no salen a cumplir su oficio de encadenadoras de corazones. No: ningún amante debe hablar a su dama en la plaza.

Pero, si no le habla allí, ¿dónde? En el burgo no hay fiestas ni reuniones, y ella es moza recatada y honesta. Amistad entre la familia del enamorado y de la biendeseada, no existe. No hay amigos comunes que tiendan entre ellos un puente para cruzar el abismo que los separa ¿Qué hacer, sino desafiar todo riesgo hablándole en la plaza? Don Melón Ortiz, haciendo un esfuerzo supremo, cazador en la vecindad de la gacela, improvisa una inocente estratagema y hablando muy alto a la hermosa, se le acerca y le dice, de manera que todos

le oigan, a fin de que nadie murmure: -Señora, mi sobrina, la que vive en Toledo, me escribe que os dé mil saludos, y que os diga, muy comedidamente, que si tuviese tiempo sobrado, ella, que tanto y tan bien ha oído hablar de vos, mucho se honrarla en hacerse vuestra amiga y conoceros de cerca.

Doña Endrina se detiene y lo mira perpleja, y toda la gente de la plaza se detiene y los mira perpleja, y entonces él, bajando la voz y apresurando las palabras, que se le tiemblan, continúa con el habla atropellada del que está perseguido: -Como todos nos miran, esto os he dicho en juego. Os amo y deseos de hablaros de mi amor me quemar el alma. Tened piedad de mí y decidme dónde podría confiaros mi pena de amor sin que miradas maliciosas nos perturben.

Como doña Endrina es honesta y altiva, deja sin contestar las palabras del enamorado doncel, y con su bienandanza, su cabello, su boquilla, su alto cuello de garza, su color de manzana en sazón, su gracia y donosura, se marcha hacia el templo, mientras burlonas miradas y peores sonrisas aparecen en quienes contemplan tal abordaje (y tal derrota). La noche se hizo, en pleno mediodía, para quién tanto amaba.

Fue entonces cuando don Melón Ortiz salió en busca de la Trotaconventos. Supo, acuciado por su necesidad, cuánto valía tan servicial dueña. Entendió cómo, si ella faltaba, los enamorados estaban desvalidos e incomunicados, cada día más lejos el uno del otro, divididos por las distancias creadas por los hombres, que ponen, entre el enamorado y el objeto de sus ansias, trechos mayores que los que el tiempo y el espacio asientan sobre la tierra. La Trotaconventos suprime esas distancias, invencibles sin ella, acercando los corazones, derrotando los celos, calmando las angustias, facilitando las escapadas y tramando las citas, y por todos estos invalorable servicios cobrando apenas modestos dineros, cuantiosos al parecer, pero mínimos si se miden por la importancia de los negocios atendidos. Tal era el oficio de doña Trotaconventos, y gracias a que lo practicaba sagazmente los amantes podían reunirse y dar rienda suelta a sus corazones, ansiosos de galopar juntos en dirección contraria a la soledad y a la tristeza.

“Busqué a la Trotaconventos, conforme el amor me lo ordenó”, dijo, más tarde, don Melón Ortiz, y la verdad es que nunca estuvo arrepentido de haberla buscado. Todo su negocio estuvo en vías de feliz solución cuando encontró a este “sabio corredor” del más hermoso de todos los negocios: el del amor, del cual espero que vosotros, amigos, hayáis sido favorecidos clientes algún día.

¿Cómo era la Trotaconventos, flor de terceras y de tercerías? Si habéis sido enamorados, como lo espero, o si los sois actualmente, como os lo envidio, lo sabréis muy bien, puesto que habréis ocupado y ocupáis actualmente sus servicios. Es, desde luego, una buhonera: está disfrazada de vendedora ambulante de pequeños embelecros gratos a las muchachas: peines, perfumes, pañuelos, sartas de cuentas, collares, dijes, zarcillos, holanes, mantillas, medias, céfiros y cintas. Va con su buhonería de casa en casa, entra en las que moran las hermosas y, mientras las deja hurgar en su pacotilla, vierte en sus oídos el mensaje del galán, desarma sus resistencias, tumba las desconfianzas, lima los celos, aviva los sentimientos, planea las escapadas, concierta las citas, elogia al galán y entrega su carta y reclama y exige la respuesta: anuda, en fin, el hermoso nudo del amor. ¡OH trabajo para fino y para amable! Y, luego, va donde el galán a cobrar, porque, desde luego, en este negocio el único que paga es el galán. La dama solamente otorga su sonrisa, su “sí” y su blanca mano. Así, por honorario en efectivo (la Trotaconventos nunca fía), esta sabia dueña es el interesado ángel del amor, el correo de Cupido pagado al contado, la venal enbebradora de los corazones.

Cuando don Melón Ortiz vierte en los oídos de la providencial bruja sus cuitas de amor, ella le afirma que, si no es por su mano (como si la tuviese reservada) nadie logrará a

doña Endrina: solamente ella sabe cómo convencerla. Otro galán quiere hacerla suya, pero es harto renuente a pagar y ella no está dispuesta a servirlo. Si don Melón es generoso como se le ve galán, le conseguirá la hermosa dama y se la pondrá en las manos, donde él lo quisiere, y para lo que él lo quisiere, que para tanto es ella y mayores triunfos ha conseguido, como puede cerciorarse en el vecindario, que bien la conoce. Don Melón comprende, gozoso, que ha encontrado su caballo de madera, que está ya seguro de entrar a su Troya inexpugnable, y siente que está para él abierto el ciclo y abre, a su vez, la mano y comienza a pagar a la tercera, pero le advierte que sus manos, esas mismas que dan las monedas, son muy fuertes, tanto como que es impaciente su ánimo, y que si no trabaja y le roba, bien pudiera acontecer que fuese aquella su última trapacera, pues él está dispuesto a retorcerle el cuello como si fuese una gallina. La amable bruja hace las protestas de amor. el caballero puede estar tranquilo, que cuando bien le pagan, ella hace milagros. Que el caballero calme sus ansias: ella le traerá cada vez mejores noticias y, al final, le traerá, por sus propios pies, su ansiada paloma. Don Melón se convence. Y hace bien.

Hace bien, vosotros lo sabéis, porque el día siguiente al del glorioso apóstol Santiago, la hermosa y esquiva dama fue, por sus propios pies, a la tienda de la Trotaconventos, donde su galán la esperaba. La industriosa dueña escogió sabiamente la hora del mediodía, “cuando canta la gente”. Cuando la calle está desierta y los ojos indiscretos están embobados frente a los cazos de caldo gordo y a las fuentes de guisote de cordero. Vosotros recordáis, además, buenos lectores del verso auroral del Arcipreste, con qué exclamación de alegría la recibió el ansioso galán
-¡Señora doña Endrina, vos la mi enamorada! Y, por último, y esto dicho entre nosotros y en absoluto secreto, don Melón con su dama “acabó lo que quiso”. Todo ello gracias a la sabia tercera, que vivía de acercar corazones. Y como el amor de don Melón era de los duraderos, sin duda sabréis de memoria aquellos versos que, con jocunda alegría, dan final a su historia:

Doña Endrina y don Melón en uno casados son.
Alérgrense las campanas en las bodas con razón.

Por ello, es justo que nos asombremos de que tan maltratada sea quién tan benéfico oficio ejerce, quién llena este cometido indispensable, quién logra combatir la soledad, unir a los que se am2n, poner miel en el acibarado vivir de hombres y mujeres y, por último, aumentar patrióticamente la población del país, todo ello por precios relativamente módicos, cobrados al contado. La Trotaconventos es, por lo menos socialmente tan útil como el médico; más, sin duda, que el abogado, más que el economista y, desde luego, mucho más que el notario. ¿Por qué no concederle igual crédito e igual estima, y permitirle que abra despacho público frente a la notaría y a la casa de cambio? ¿Por qué no autorizarla a inscribirse como socia en la Cámara de Comercio? ¿Por qué no permitirle

insertar en el diario su amable y utilísimo aviso: “DOÑA URRACA TROTACONVENTOS, tercera en amores. Horas de atención al público: de 2 a 4 P.M.”?

Yo os pregunto: ¿qué sería de la patria sin ella? ¿Podría desenvolverse la sociedad civilizada sin el abogado, sin el notario, sin el medico? ¿Cómo pensáis que se pueda desenvolver sin la tercera, la que tiende puentes entre los divididos y permite al amor pasar de las miradas a las obras?

Y, sin embargo, ¡cuán mal se la ha tratado y se la trata! No quiero referirme a la crueldad con que se procedió con la Madre Celestina, espejo de terceras, ni la indiferencia que rodeó a la buena rodrigona Brígida, excelente tercera también, que consolaba a Julieta y consolaba a Romeo. Solamente quiero señalaros cuán inconsecuente es el Arcipreste, el alegre cronista de los amores de don Melón, cuando abomina de la Trotaconventos que tan eficazmente le sirviera, y amontona sobre ella el peso excesivo de los epítetos de su “declaración de los nombres del alcahuete”, en la que goza llamándola maza, picaza, señuelo, cobertera, almádana, coraza, aldaba, trainel, cabestro, almohaza, garabato, tía, cordel, cobertor, escofina, avancuerda, rascador, pala, aguzadera, freno, corredor, badil, tenazas, anzuelo, pescador, campana, taraviha, alcagüeta de porra, jáquima, adalid, guía, Andorra, trotera, aguijón, escalera, abejón, losa, traílla, trejón, registro y raposa. Injusticia, llena de amarga ingratitud, la que hay en tamaña invectiva. La verdad, amigos, es que cuando a la Trotaconventos os refiráis, solamente debéis llamarla como ella os lo pide, ya que nunca podréis estar seguros de no precisar de sus servicios, ya que el amor visita al hombre en cualquier edad, a cualquier hora, y de él y de su fiebre nadie se halla a salvo, ni contra él ni sus riesgos hay compañías que nos aseguren. Recordad bien sus palabras, que el mismo ingrato Arcipreste nos ha conservado:

No me digas nombre malo ni que sea de fealdad,
Llámame “buen amor”, y os serviré con lealtad,
Que la buena palabra paga bien la vecindad
Y el buen decir no cuesta más que la necesidad.

Llamaría así, y habréis hecho justicia a sus servicios, sin los cuales la humanidad no puede crecer ni multiplicarse.

2. LAS MUJERES PEQUEÑAS.

Estaba ya madurando la mañana en un fresco y soleado mediodía cuando, visiblemente fatigado, llegó el Arcipreste a la Venta del Puerto de Malagosto, en la Sierra de Guadarrama. Venía a pie, con el zurrón al hombro y una vara de fresno por cayado. El día anterior había salido de viaje para Sotos Albos, mas una tormenta de nieve salpicada de granizó, que lo sorprendió pasado ya con mucho el Puerto de Lozoya, sin una cárcova siquiera donde guarecerse, habíalo desviado.

Más adelante, ya con la tarde encima, pudo arribar a la choza de una serrana que, para atenderlo, sacó la cabeza por un ventanuco lleno de hollín, tras muchas razones toscas y avariciosas, accedía darle su posada con vinillo ralo y agrio y algo de pan y queso. Y mientras, a su manera, descansaba, habíanle robado su mula y al otro día, trepando la cuesta empinada hacia Malagosto, traía el rostro congestionado por el esfuerzo, su rostro de hombre fuerte, asentado sobre el cuello “pescozudo” como el de un toro, algo dobladas sus espaldas de jayán campesino, venteando golosamente el puro y frío aire con su larga y sensual nariz de gozador de la vida, con ese su pesado e “infiesto” andar de caminante de los largos caminos solitarios, que el cansancio hacía más pesado y trotón. Su potente humanidad, algo derregada por la caminata, venía reclamando un plato de algo más vaca que carnero, con su palomino por añadidura y, claro está, un cálido vaso de boa vino...Dentro de 61 alguien repetía: “Quién busca lo que no ha perdido, bien está que pierda lo que tiene...”

En la venta de Malagosto, ya cercana la hora en que madura la mañana se torna en mediodía, buena compañía de arrieros peregrinos y estudiantes bebía vino hervido en grandes jarros de hojalata, servidos por aquella “chata novia” de la maja faz que vio el Arcipreste cuando, clamando contra la “serrana endiablada”, venía de Somosierra...cuando asomé con su rostro velloso y su nariz luenga por la ancha puerta, moviéndose con su andar “infiesto”, embarazado por el zurrón al hombro y el cayado de fresno, la alegre compañía lo recibió con grandes gritos, mientras 61 saludaba “en nombre de Dios Santo y les pedía permiso para” a su Vera descansar un rato y ver de yantar”, lo cual todos aceptaron con singular bullicio y jolgorio, mientras las manos, multiplicadas por la cordialidad y la simpatía, le acercaban pan negro, queso de cabra, tocino salado y un gran jarro de buen vino, caliente y oloroso.

Sentado ya entre ellos, la cabecera de la mesa se trasladó sumisa a donde 61 estaba, y tácitamente todos le entregaron, las llaves de la fabla y de la alegría. Y él, pasado ya al olvido el mal talante de la aviesa mañana, olvidado de la serrana de Lozoya y de la mula perdida, se entregó a la delicia del beber y del charlar,, mientras ellos a gritos le pedían consejos sobre cuál era la mejor mujer para amar, si la de gran tamaño o la chica y menuda, ya que solamente 61, que tanto había dialogado con don Amor y don Carnal y de tan antiguo había empleado los servicios de la Trotaconventos, y era tan experimentado catador de serranas, podría aconsejarlos con el provecho que da la experiencia. Y el señor Arcipreste, feliz de estar en su elemento, que es el buen amor, como el pez está feliz en el agua, retrepándose en el amplio sillón forrado de cuero cordobán, tendiendo hacia atrás la enorme cabeza rojiza, con el jarro humeante lleno de oloroso vino hervido al borde de la mano bermeja y poderosa, llena de vellón, les dio esta clase sobre la ciencia del arte de amar, que de puro humana es la más divina de todas, con su voz ronca de hombre que sabe cuán hermosa es la vida y cuán belio es gozarla:

-No deseo agobiaros con luengos discursos, que siempre me pagué de pequeño sermón y de dueña pequeña y de breve razón, que en lo poco y bien dicho se afinca el corazón...

Los jarros de vino se alzaban entrechocándose y el licor oloroso descendía por ‘los gaznates llevando cálida alegría a los corazones y limpiando las almas de amargura. Los

ojos resplandecían. Claras sonrisa distendían labios gozadorós. Y todos, con la dicha en el rostro, escuchaban al maestro del buen ‘vivir y del buen amor, que les decía -El apóstol nos manda probar todas las cosas, y desde edad temprana cumplí con su mandato... y probó con las dueñas de todos los tamaños... y un día Don Amor se apiadó de mi yerro, y vino donde mí con un amable ruego, y con su voz melada me dijo estas razones de ciencia y de mesura “No digas mal de amor ni en seriedad ni en juego. Por poco mal decir se pierde un gran amor. Si quieres bien amar, primero hay que la ciencia del amor aprender. Para que ella te quiera con gran amor querer, ¡sabe primeramente la mujer escoger!”

¡Enseñanos esa ciencia, buen Arcipreste!, clamaron las voces de los mozos - Don Amor me enseñó: “Busca mujer hermosa, muy donosa y lozana, que sea de buen talle y graciosa y pequeña, de cabello amarillo y cejas apartadas, algo ancha de caderas. Cuida de que sus ojos sean grandes y pintados, hondos y relucientes, y de luengas pestañas muy claras y rientes. Las orejas pequeñas, delgadas, bienhacientes... La nariz afilada, los dientes menudillos, iguales y bien blancos, un poco apretadillos. Las cadadas bermejas y los labios muy rojos, mejor algo delgados, y con la faz muy blanca, sin pelos, clara y lisa...”

La graciosa figura iba tomando cuerpo casi palpable en el cálido aire de la venta. -Del que mucho habla todos se ríen con razón. Quien mucho ríe es loco... Yo os estoy diciendo la palabra precisa... En la mujer pequeña el amor nunca es poco. Si el buen amor os da una dueña pequeña, jamás debéis cambiarla. Don Amor me rogó que de las dueñas chicas haga siempre el elogio, que diga sus noblezas. Y todo lo que digo no lo toméis por juego, que es serio y bien trovado y brota de un saber que cumplió lo mandado y de todas probé...

Y antes de emprender el metódico elogio de los dones que Don Amor dio a las mujeres chicas, el buen don Juan Ruiz eleva su jarro y una vaharada de hirviente vino le da en el rostro amable, que es del mismo color que la buena bebida .Su voz sigue: -

-Las mujeres pequeñas parecen ser de nieve y arden como el fuego. Sólo son frías por fuera, en su interior son ellas como el amor ardientes. En la calle: solaz de los ojos, placenteras, rientes. En la casa ¡cuán cuerdas y donosas, sosegadas y bienhacientes!... En la pequeña brasa duerme gran resplandor. En un grano de azúcar reposa gran dulzor. En la dueña pequeña se encierra gran amor. ¡Pocas palabras cumplen al buen entendedor! Es muy pequeño el grano de la buena pimienta, pero más que la nuez nos conforta y alienta. Así la hembra pequeña, si todo amor consiente, ¡no hay placer del mundo que en ella no se sienta! Como en la rosa chica existe gran color, y en el oro muy poco hay gran precio y valor, coino en el poco bálsamo yace muy gran olor, así en la dueña chica se goza el buen amor. Como el rubí pequeño tiene mucha bondad, color, virtud y precio, nobleza y claridad, así la hembra pequeña tiene mucha beldad, hermosura y donaire, buen amor y lealtad. ¡Cuán chica es la calandria! ¡Cuán chico el ruiseñor! ¡Y cuán más dulce cantan que toda ave mayor! La mujer que es más chica, es por ello mejor: su sabor es más dulce, es azúcar y es flor .Adornada, hermosa, preciada y cantadora: tal es la hembra pequeña cuando el amor la dora. Para la dueña chica no hay comparación, paraíso en la tierra, solaz y bendición. ¡Mejor es en la prueba que en la salutación!

Un coro de risas jocundas se alza en torno a la última frase del Arcipreste. Cuando vuelve el silencio, un escolar arguye:

-Permitid, Arcipreste: Aristóteles dijo que no hay para el hombre un mal que sea mayor que la mujer...

-Permitidme, garzón. Para el hombre prudente no es desaguisado del mal salir en fuga... “Del mal, tomar lo menos” :díselo el Sabidor. Y si es la mujer, ¡OH Dios!, el mal mayor... ¡de todas las mujeres, mejor es la menor!

Y cuando, concluido el yantar y vaciados los jarros, el Arcipreste retorna el camino, directo a Sotos Albos, en el corazón de aquellos garzones locos y mozos bien valientes, alumbrados por sus palabras y por el vino, habita ya, soberana absoluta, placentera y riente, una dueña pequeña...